

**NARRATIVA DE LA PRÁCTICA DOCENTE EN FUNCIÓN DE LAS DOS DIMENSIONES
DE LA EVALUACIÓN FORMATIVA**

Introducción

En mi experiencia como docente de primer grado, he tenido la oportunidad de utilizar la evaluación formativa para guiar el aprendizaje de mis alumnos de una manera mucho más cercana y efectiva. La evaluación ya no es solo un punto final para calificar, sino una herramienta para mejorar y acompañar el proceso de cada estudiante. Dentro del marco de la Nueva Escuela Mexicana (NEM), esta forma de evaluación me ha permitido ejercer mi autonomía profesional y ajustar las actividades de acuerdo con las necesidades específicas de mis alumnos, adaptando la enseñanza y la evaluación tanto desde mi rol como docente, como desde el lugar del alumno, para fortalecer su desarrollo integral.

Dimensión centrada en el docente

La evaluación formativa centrada en el docente me ha permitido reflexionar sobre mis propias prácticas y ajustar las actividades pedagógicas de manera continua. Para mí, un aspecto clave es la flexibilidad en la planeación y la capacidad de replantear estrategias en función de lo que observo día a día en el aula. Por ejemplo, en la enseñanza de la lectoescritura, utilizo instrumentos como rúbricas simples para que mis alumnos sepan cómo se les evaluará y qué se espera de ellos. Esto les da claridad y les permite comprender mejor sus propios avances.

En el aula, promuevo actividades de coevaluación donde los alumnos pueden evaluar los trabajos de sus compañeros. Esto fomenta el trabajo colaborativo, y he visto que los niños se sienten más involucrados cuando tienen la oportunidad de compartir sus observaciones y comentarios. A través de este proceso, no solo reciben retroalimentación de sus compañeros, sino que también aprenden a valorar el trabajo en equipo y a reflexionar sobre sus propias producciones.

Un ejemplo concreto es cuando mis alumnos trabajan en equipo para resolver problemas matemáticos. Durante la coevaluación, observan y comentan sobre el enfoque de sus compañeros, destacando lo que hicieron bien y lo que podrían mejorar. Esta práctica fomenta un clima de confianza, ya que el propósito no es criticar, sino ayudarse mutuamente a mejorar.

Además, me aseguro de que las evaluaciones sean continuas, integrando momentos de monitoreo y retroalimentación durante toda la clase, no solo al final. Esto me permite hacer ajustes en tiempo real y ofrecer apoyo adicional a quienes lo necesitan, especialmente aquellos estudiantes que podrían estar enfrentando más dificultades. Esta forma de trabajar hace que la evaluación sea una herramienta viva y dinámica, y no solo una tarea al final de un ciclo.

Dimensión centrada en el alumno

La evaluación formativa centrada en el alumno ha sido una de las áreas donde he notado un gran impacto. Fomentar la autoevaluación desde una edad temprana ha sido clave para ayudar a mis estudiantes a reconocer sus propios logros y áreas de mejora. Al final de cada semana, les pido que reflexionen sobre sus aprendizajes: ¿qué fue lo más fácil para ellos? ¿qué se les dificultó? A través de esta actividad, he visto cómo desarrollan una mayor autonomía y comienzan a identificar en qué aspectos necesitan más apoyo o práctica.

Otra estrategia que utilizo es permitir que los alumnos elijan la forma en que quieren demostrar lo que han aprendido, adaptando la evaluación a sus diferentes estilos de aprendizaje. Algunos prefieren crear dibujos o presentaciones visuales, mientras que otros disfrutan más explicando en voz alta lo que comprendieron. Esto ha sido especialmente efectivo en temas de ciencias naturales, donde los alumnos tienen la libertad de representar sus conocimientos de diferentes maneras. La diversidad de opciones les permite sentirse más cómodos y les brinda confianza para participar activamente en su aprendizaje.

Asimismo, la coevaluación también ha sido una estrategia poderosa. Mis estudiantes trabajan en grupos para discutir lo que hicieron bien y en qué pueden mejorar, lo que les permite aprender unos de otros. Recuerdo un caso donde un estudiante, que solía ser muy tímido, se abrió más a sus compañeros gracias a la oportunidad de evaluar y ser evaluado de una manera constructiva. Esto no solo le ayudó a mejorar académicamente, sino que también fortaleció sus habilidades sociales y su confianza en sí mismo.

Conclusión

En resumen, la evaluación formativa ha cambiado mi manera de enseñar y acompañar el aprendizaje de mis alumnos. A través de la autonomía que me brinda este enfoque, puedo personalizar la evaluación para que cada estudiante avance a su propio ritmo, respetando sus características individuales. Además, esta metodología ha promovido un ambiente de confianza y colaboración en el aula, donde tanto los alumnos como yo estamos en constante reflexión y aprendizaje. Me siento satisfecha de poder ver cómo mis estudiantes se apropian cada vez más de su propio proceso de aprendizaje, desarrollando no solo competencias académicas, sino también habilidades que les servirán a lo largo de su vida.